

Bizancio y Rusia: la idea del *último reino* *

BORIS EMELIANOV Y OLGA LONAITIS

Facultad de Filosofía de la Universidad Estatal de los Montes Urales, Rusia

*¿Dónde podría Rus, dada su ubicación geográfica,
esconderse lejos de Bizancio?*

Y no sólo Rus Kievana, sino también Rusia Moscovita...

Joseph Brodsky

El utopismo es una construcción espiritual compleja, difícil de caracterizar breve y claramente. En la base del utopismo histórico yace la creencia en una fuerza reveladora de las “últimas palabras”, de la posibilidad de alcanzar un triunfo definitivo, aunque, quizá, parcial a escala de la eternidad (ya que por encima de cualquier reino terrenal está el celestial). Pero en la historia de la humanidad este reino del futuro no admite cambios ni perfeccionamientos. Es un tipo de esperanza en la posibilidad de realizar un sueño en el marco de la historia. En éste se expresa la tendencia de igualar los hechos con los valores. El ideal es un “hecho futuro” construido hoy en la imaginación y contrapuesto al “orden existente de las cosas”, pero que dirige el empirismo histórico, por lo que el tiempo se convierte en un criterio valorativo: todo lo mejor está por venir, mientras que el pasado es algo dado que no se puede cambiar y donde todo está claro.

Este sistema de valores tiene su justificación: detrás de la conversión del imperativo categórico en la empiria histórica se esconde un *ethos* volitivo real, en el que el bien se expresa como fuerza. En la conciencia utópica la vida ideal se piensa como algo objetivo, como un nuevo orden que debe imponerse al hombre y a la sociedad desde fuera en virtud de su evidencia, así como el orden imperfecto ahora se impone a ellos. De esta idea se desprende una fe en el carácter independiente y omniabarcador de las formas sociales, la creencia en las instituciones, en la burocracia y su papel benéfico dentro del Estado. En estos esquemas de

* Traducción de ruso a español por Mijail Malishev y Manola Sepúlveda Garza

pensamiento toda la atención se concentra en la organización social a gran escala y no toma en consideración al individuo concreto, no les interesa de qué manera va a vivir ni de qué fuentes va a sacar su inspiración. A la vida construida según un orden (ideado por algunos hombres "ilustres" y sólo por ellos) se le adscriben una excelencia y una perfección que no se cuestionan. Por eso, el orden ideal se convierte en una fuerza que "está por encima de todo y de todos".

Detrás de la voluntad utópica se esconde un postulado sobre la vida organizada de forma totalmente racional, pues todas las relaciones sociales se declaran *a priori* como algo "codificado" y abarcado en fórmulas generales, esto es, la vida se iguala con el código. Un ejemplo del predominio del código sobre la vida lo representa Rusia en el siglo XVI. En esta época se dio el triunfo de las formas estatales que a los ojos de sus ideólogos le aproximaban al cumplimiento de su misión histórica: convertirse en la Nueva Roma. Faltó poco para cumplir esta misión, ya que *Stoglav*,¹ *Domostroi*² y *Stepennaya kniga*³ eliminaron las diferencias culturales en el Estado; mientras que *Cheti-Minei*⁴ recogió toda la literatura y la ubicó en un orden. Parecía que la misma historia llegaba a su fin, ya que en un mundo de normatividad política y cultural total no hay lugar para acontecimientos no previstos, desviaciones o azares.

De las obras de este periodo surge una concepción bien perfilada sobre la "Santa Rusia": *Stoglav* fomentó la unidad y estabilidad de la Iglesia; *Domostroi* introdujo formas reglamentarias estrictas para la vida cotidiana; *Stepennaya kniga* y las crónicas crearon una doctrina de la historia rusa, que encuentra su expresión interna en la *Leyenda sobre la Tiara Blanca*, que fue un símbolo del cristianismo ortodoxo limpio de herejías y que se consideraba como heredero de la Primera Roma y de Constantinopla. Los mismos textos nos sorprenden por sus dimensiones. Por ejemplo, *Velikie Cheti-Minei* es una colección de alrededor de dos mil trabajos de literatura original y de traducciones. Su compilador fue el arzobispo Macario y otros eclesiásticos famosos de su tiempo (Zinovi Otenski, Basilio Tuchkov, Ermalai-Erasmus) quienes crearon el escrito durante casi veinticinco años. Los autores se apoyaron en fuentes bizantinas como las de "Dioptra", Felipe el Ermitaño, Dionisio Areopagita, Justino el Filósofo, Juan Lestvichnik, Cosma Indikoplov, Juan Damasceno.

- 1 *Stoglav* es "Libro de los cien capítulos", nuevo ordenamiento eclesiástico adoptado en 1551 en un Concilio especial que emitió una colección de providencias y de proyectos para la transformación de la organización estatal y en particular del sistema de educación del clero. N. de los T.
- 2 *Domostroi* significa al pie de la letra "el gobierno de la casa". Es un libro que enseña a gobernar la casa no sólo en sentido práctico (limpieza, elegancia) sino también en sentido espiritual. N. de los T.
- 3 *Stepennaya Kniga* es el libro de los grados de la genealogía de los zares. N. de los T.
- 4 *Velikie Cheti-Minei* se traduce como las Grandes Lecturas Mensuales. N. de los T.

En todos estos trabajos reinan las ideas de unidad, armonía y jerarquía. Su fundamento es de una vida común, un círculo de lecturas destinados para todos, una legislación y una concepción del mundo uniforme. Todo esto está encaminado a lo que sucede en este mundo, ya que lo terrenal es reflejo de la voluntad divina. Los ritos de aquella época son una forma de percepción del mundo. Las reglas de la vida cotidiana estaban estrechamente asociadas a las ideas y planteamientos religiosos y casi tenían un carácter sagrado: la preparación de la comida se igualaba con un misterio; la obediencia de los miembros de la familia a su padre tuvo una semejanza con la disciplina de un monasterio; el amor a la casa natal era equivalente a un servicio religioso (el concepto de la "casa" frecuentemente se identificaba con el de paraíso). La violación de los ritos domésticos se consideraba como pecado.

En la conciencia religiosa no sólo se dan una codificación y racionalización de la realidad, sino también se cree que estos procesos deben ser interpretados como una anticipación posible y detallada de una sociedad ideal futura. El tratamiento del ideal como una meta inmanente al proceso histórico (Dios estableció una lógica inmutable de la historia y el hombre no es capaz de cambiarla) determina su solidez y, según sus adeptos, también su victoria. De aquí se desprende la demanda de obediencia —no existe ninguna razón para estar en discordia con la realidad, es una locura luchar contra ella— hay que comprender las tendencias naturales del proceso histórico y aceptarlas. El automatismo histórico libera a sus agentes del riesgo del fracaso y les trae cierta tranquilidad espiritual, aunque esto frecuentemente se consigue en detrimento de la creatividad. Según Serguei Bulgakov, en tales situaciones la vida se presenta en "voz pasiva", y se puede agregar que se vive como en una oración impersonal, ya que el individuo se disuelve en lo genérico. De aquí se deriva una actitud de indiferencia extraña hacia el bien y el mal, que los ideólogos del movimiento hacia un futuro mejor aplican tanto a su propio dolor y sufrimiento como al ajeno. (Esto aclara mucho de las ideas y de la conducta real de Iván el Terrible).

La historia de Bizancio está llena de perturbaciones y de altibajos. Tanto para el medievo como para las épocas posteriores, Bizancio fue un enigma, una Atlántida que cautivaba los corazones por su grandeza, belleza y riqueza cultural. Muchos hilos de la cultura contemporánea, que tiene su origen en las profundidades de la antigüedad, emanaron del fenómeno histórico-cultural que existió mil años y que sólo después de su caída recibió su nombre: Bizancio. Muchas líneas del desarrollo espiritual de la Europa Occidental y del Oriente tienen su origen en esta semimística, pero no mitológica cultura bizantina. "Como civilización y como cultura religiosa, Bizancio incursionaba en todos los lugares e influía a diferentes mundos: el ruso y el de otros países eslavos. Como organización estatal, Bizancio

vivía una segunda vida: fue heredero del esplendor de Roma. Era joven y fuerte por su religión. La variedad de su cultura tenía como base la religión y precisamente por eso cautivó al mundo, aunque más tarde lo rechazaría”⁵.

Bizancio representaba un fenómeno cultural complejo. Los bizantinos se autonombraron romanos, pero muchas veces rompieron con Roma y como lengua estatal usaron el griego; en realidad, fueron más herederos de la cultura helénica que de la romana. Los bizantinos se sintieron orgullosos de su origen romano, pero rindieron culto al Dios de los judíos antiguos y reverenciaron tanto al Viejo como al Nuevo Testamento. Y la Tierra Santa para ellos fue Jerusalén, no Roma ni Atenas como cunas de la sabiduría. Así que Bizancio era, en esencia, un ejemplo de la unión de principios que a primera vista parecen irreconciliables. Según su situación geográfica, Bizancio se situaba en la encrucijada de los caminos político-culturales que unieron al Occidente con el Oriente, y en él se entrelazaron esas dos tradiciones que posteriormente fueron comprensibles para Rusia, que también representa una mezcla de dos mundos. Rusia asimiló las paradojas de Bizancio como si fueran sus propios atributos.

Teodoro Metoquitas, escritor bizantino del siglo XIV caracterizó Constantinopla como “el centro más espléndido de toda la tierra habitada”. Y esto no fue solo retórica, sino un sentimiento vivo y generalizado de los bizantinos. La religión y la cultura del país fue objeto de estima de los pueblos vecinos, y el Estado —en la conciencia de sus integrantes— parecía dotado de gran valor y cubierto de gloria. No fue el más antiguo (le precedía el gran Imperio romano), pero fue el único en su género. Como escribía Metoquitas, es incomparable por su religión ortodoxa, por poseer una diplomacia altamente desarrollada y culta que combinaba conocimientos de literatura y filosofía remontados a la antigüedad, y por ser un heredero legítimo del Imperio romano cristiano de Constantino.

El cristianismo, durante sus primeros tres siglos se topó con un Estado y una realidad social que se resistían a aceptar pacíficamente sus ideales. La consigna *Non licet vos esse* (ustedes no deben existir) fue el lema de una política que costó la vida a miles de cristianos. Pero paulatinamente, la Iglesia se extendió por el mundo romano. “La victoria que, por fin, alcanzó el cristianismo sobre el judaísmo y el paganismo, sobre el Estado más fuerte del mundo y su cultura fue lograda sin una fuerza externa, y sólo por medio del poderío moral de la fe y del amor, de la paciencia y la perseverancia. Esto representó uno de los espectáculos más sublimes de la historia”.⁶

5 Kostantin Leontiev, “El bizantinismo y el eslavismo”, en: *Rusia a través de los ojos de los rusos*, San Petersburgo, 1991, p. 283 (en ruso).

6 M. E. Posnov, *Historia de la Iglesia cristiana (antes de la separación de las Iglesias en 1054)*, Kiev, 1991, p. 85 (en ruso).

vivía una segunda vida: fue heredero del esplendor de Roma. Era joven y fuerte por su religión. La variedad de su cultura tenía como base la religión y precisamente por eso cautivó al mundo, aunque más tarde lo rechazaría”⁵.

Bizancio representaba un fenómeno cultural complejo. Los bizantinos se autodenominaron romanos, pero muchas veces rompieron con Roma y como lengua estatal usaron el griego; en realidad, fueron más herederos de la cultura helénica que de la romana. Los bizantinos se sintieron orgullosos de su origen romano, pero rindieron culto al Dios de los judíos antiguos y reverenciaron tanto al Viejo como al Nuevo Testamento. Y la Tierra Santa para ellos fue Jerusalén, no Roma ni Atenas como cunas de la sabiduría. Así que Bizancio era, en esencia, un ejemplo de la unión de principios que a primera vista parecen irreconciliables. Según su situación geográfica, Bizancio se situaba en la encrucijada de los caminos político-culturales que unieron al Occidente con el Oriente, y en él se entrelazaron esas dos tradiciones que posteriormente fueron comprensibles para Rusia, que también representa una mezcla de dos mundos. Rusia asimiló las paradojas de Bizancio como si fueran sus propios atributos.

Teodoro Metoquitas, escritor bizantino del siglo XIV caracterizó Constantinopla como “el centro más espléndido de toda la tierra habitada”. Y esto no fue solo retórica, sino un sentimiento vivo y generalizado de los bizantinos. La religión y la cultura del país fue objeto de estima de los pueblos vecinos, y el Estado —en la conciencia de sus integrantes— parecía dotado de gran valor y cubierto de gloria. No fue el más antiguo (le precedía el gran Imperio romano), pero fue el único en su género. Como escribía Metoquitas, es incomparable por su religión ortodoxa, por poseer una diplomacia altamente desarrollada y culta que combinaba conocimientos de literatura y filosofía remontados a la antigüedad, y por ser un heredero legítimo del Imperio romano cristiano de Constantino.

El cristianismo, durante sus primeros tres siglos se topó con un Estado y una realidad social que se resistían a aceptar pacíficamente sus ideales. La consigna *Non licet vos esse* (ustedes no deben existir) fue el lema de una política que costó la vida a miles de cristianos. Pero paulatinamente, la Iglesia se extendió por el mundo romano. “La victoria que, por fin, alcanzó el cristianismo sobre el judaísmo y el paganismo, sobre el Estado más fuerte del mundo y su cultura fue lograda sin una fuerza externa, y sólo por medio del poderío moral de la fe y del amor, de la paciencia y la perseverancia. Esto representó uno de los espectáculos más sublimes de la historia”.⁶

5 Kostantin Leontiev, “El bizantinismo y el eslavismo”, en: *Rusia a través de los ojos de los rusos*, San Petersburgo, 1991, p. 283 (en ruso).

6 M. E. Posnov, *Historia de la Iglesia cristiana (antes de la separación de las Iglesias en 1054)*, Kiev, 1991, p. 85 (en ruso).

El cristianismo victorioso llegó a ser la religión oficial en Bizancio del siglo IV. Si antes el mundo se le contrapuso, ahora desde ese espacio de poder, le era posible encontrar nuevas formas de dominio espiritual. La Iglesia cristiana intentó aceptar al mundo transformándolo. Pero este proceso exigía tiempo y una nueva visión de la historia. En esta época empezó a formarse la filosofía de la historia bizantina, cuya fuente se remonta a Eusebio de Cesárea (265-340) (*Preparatio evangelica*). La innovación de Eusebio consistió en remarcar el impacto que experimentaron los cristianos cuando su fe pasó al emperador romano. Los autores tempranos del cristianismo, al afirmar la verdad de la nueva fe y su victoria definitiva, sin embargo, abrigaban sus esperanzas en la perspectiva escatológica, considerando que el mundo estaba encaminado a una próxima destrucción. Pero ¿cómo pensar que el Imperio romano que antes crucificaba a los cristianos y arrojaba a las mujeres embarazadas a las jaulas de los felinos, llegó a ser cristiano? La conversión del emperador Constantino al cristianismo exigió toda una revisión de la visión histórica anterior. Al crear el marco ideológico del emperador cristiano y de su Imperio, Eusebio subrayó que Dios rige no sólo en la historia eclesiástica, sino también en la mundana. El momento determinante de este dominio es cuando se produce el vínculo entre el emperador y el Altísimo, y donde la relación entre Dios y los creyentes se declara dependiente del punto de vista del propio emperador. Eusebio plantea la idea del castigo para los gobernantes malignos (no cristianos) y la ayuda para los buenos monarcas (cristianos).

La transformación del imperio pagano en un Estado cristiano colocó la posibilidad de la salvación no sólo para unos cuantos, sino para la mayoría; y de este modo unió el principio de la salvación con el Estado civil. La historia de la Iglesia cristiana llegó a ser la historia del Imperio cristiano, y el emperador se convirtió en la figura clave del proceso universal de la salvación.

En el siglo IV, en Bizancio se planteó el problema de la organización del mundo en correspondencia con los ideales del cristianismo, esto es, la similitud entre el reino de Dios y el del César. Lo mundano, en su mayoría, se percibía como algo ajeno a la Iglesia. Detrás del muro que separaba a la Iglesia de la sociedad, la influencia de la religión no era predominante: todavía funcionaban los templos paganos, en las escuelas enseñaban maestros paganos y la cultura estaba saturada de reminiscencias no cristianas. La mayoría de la población tenía una doble fe y una doble cultura. En esta situación, se escucharon las voces que señalaban la necesidad de organizar un Estado para armonizar y resolver de una vez por todas estos problemas.

En la aurora de la historia de Bizancio se formularon ciertas ideas que fueron básicas para el futuro del Imperio; entre ellas destacó la doctrina del reino cristiano de Efrén Siro —asceta, poeta y teólogo del siglo IV—. Siro vivió en la

pesar de todos sus sufrimientos, glorificaban a su soberano (como también sucedió en la historia de Rusia).

La apostasía del emperador Julián se percibió como un pecado y como una locura. En este caso, Efrén justifica el castigo del Imperio por los pecados y la traición del emperador a la fe cristiana. Él identifica la imagen del buey acuñado en las monedas existentes durante el gobierno de Julián con el becerro de oro que adoraron los judíos-apóstatas en su salida de Egipto. Para Efrén esto representaba un signo de vacilación del mismo Imperio que era necesario frenar. Porque la persona imperial era un símbolo del Imperio y de su pueblo. Cuando Julián fue asesinado y subió al trono el emperador cristiano Jovián, la paz regresó en todas sus expresiones: entre los súbditos y el Estado, entre el poder laico y el religioso, en el alma de cada ser humano y en la armonía y el orden en el universo.

La doctrina de Efrén tuvo mucho que ver con las invectivas de Gregorio Nacianceno, el código de Justiniano, las tesis de Cirilo de Jerusalén y otras obras de pensadores de aquel tiempo. Todo esto testimonia que la idea del reino cristiano —Bizancio— fue formulada y desarrollada en el siglo IV en diferentes regiones del Imperio romano, la cual buscaba una síntesis entre la conciencia imperial romana y la soteriología cristiana.

Según Sócrates —escolástico, historiador de la Iglesia y autor popular del siglo V— la historia del Imperio bizantino es un proceso que tiene ciertas directrices, pero que depende de personas concretas, y son ellas quienes determinan su marcha. El desarrollo del Imperio cristiano tiene como base el crecimiento de la devoción de sus súbditos, y sobre todo de sus gobernantes. De la fe, de la devoción y de la piedad del gobernante dependía el destino del imperio y de cada uno de sus súbditos, por lo que su desviación de la fe cristiana traería consecuencias nefastas para todo el pueblo.

La idea de estricta fidelidad del emperador a la fe cristiana llevó a Teodorito de Ciro a la conclusión de que la victoria sobre el mal (Satanás) exige la concordancia entre el pastor ortodoxo y su rebaño, lo cual significa que era necesario destruir todas las doctrinas “falsas” junto con sus representantes (sacerdotes paganos, heréticos) y establecer un espíritu cordial entre los súbditos y el Estado. Teodorito creyó en la posibilidad real de alcanzar el ideal de la historia y del Imperio cristiano. La ciudad de Dios podría establecerse en la tierra sólo cuando los pastores fueran realmente los difusores de los “dogmas de los apóstoles”; cuando los ricos y los pobres, los aristócratas y los campesinos, los gobernantes y los súbditos llegaran a ser miembros de un único rebaño cristiano.

A pesar de los problemas políticos y económicos del Imperio bizantino, que sí los hubo, creció paulatinamente la convicción de construir un reino que por su armonía, orden y belleza sería semejante al reino de los cielos. Esta idea fue

desarrollada por Dionisio el Areopagita, cuya obra fue muy popular en Rusia medieval. Según él, el mundo se caracteriza por el orden, la armonía y la devoción establecidos por el Creador. La armonía eterna divina se proyecta en el orden del universo; en el mundo todo está en concordancia, sin perder su peculiaridad, y forma una verdadera unidad. La imagen divina se expresa en la jerarquía del universo. "La jerarquía es un rango sagrado semejante a la Belleza divina". Su objetivo es imitar la belleza y la armonía de Dios, para que los superiores conduzcan a los inferiores a la perfección, porque "la perfección de cada uno de los integrantes de la jerarquía consiste en la aspiración, en la medida de lo posible, a imitar a Dios, ya que el rango de jerarquía exige que unos purifiquen y otros sean purificados; unos se iluminen y otros sean iluminados..."⁸

Así pues, la sociedad debía estar construida según un modelo de orden, armonía y belleza. El pueblo, en el que cada uno ocupa un lugar determinado en la jerarquía, es estable, ordenado y, conducido por un buen emperador, podría llegar a una meta superior. Cada rango jerárquico adquiere importancia por su cercanía con Dios y también por sus vínculos entre sí, pues sólo en la unidad de todos los elementos se alcanza la plenitud del orden en el Estado. Aunque todo aspira a Dios, esta tarea se realiza a través de mediadores: de aquellos elementos más perfectos y elevados. El orden resulta la "vía" que ayuda alcanzar la perfección. Este discurso, a primera vista abstracto, constituyó la principal justificación del sistema burocrático del Estado. Cuanto mejor fuere el sistema de relaciones entre los sirvientes del emperador, tanto más estable funcionaría el Estado.

En el periodo que va del siglo VII al XIII podemos destacar, de acuerdo con G. G. Litavrin, cinco etapas en el desarrollo del pensamiento político social: 1) desde la segunda mitad del gobierno de Heraclio (610-641) hasta el inicio de la época iconoclasta; 2) desde la época iconoclasta hasta la mitad del siglo IX; 3) desde la mitad del siglo IX hasta la segunda mitad del siglo X; 4) desde los años cincuenta del siglo X hasta la dinastía de los Comnenos; 5) desde la dinastía de Comnenos hasta la destrucción del Imperio en 1204.⁹ Al desarrollo de la cultura de estos periodos es inherente el aumento de los motivos utópicos. Sin observar toda la complejidad de su situación política, en cada etapa Bizancio se inclinó por subrayar su misión de nación elegida.

Heraclio aumentó el poder regional y luego lo sometió al centro para dominar a los enemigos externos. Después empezó a denominarse no como "emperador de los romanos", sino como el *basileus* y llamó a su heredero "el nuevo

8 Dionisio el Areopagita, *Sobre nombres divinos*, Moscú, 1994, pp. 33-34 (en ruso).

9 Véase G. G. Litavrin, "La teoría política bizantina desde mediados del siglo VII hasta el siglo XIII", en: *La cultura de Bizancio: desde la segunda mitad del siglo VII hasta el siglo XII*, Moscú, 1989, pp. 59-88 (en ruso).

Constantino", como una forma de subrayar que en su hijo se encarnaban las virtudes del gobernante ideal (Constantino el Grande).

Una etapa importante en el desarrollo del pensamiento político es el periodo iconoclasta que se inicia durante el gobierno de León III, quien escribió la obra *Églogas* (726). Su idea principal, que se tradujo en política, fue alentar el espíritu del patriotismo religioso-estatal: el esclavo que en el cautiverio hubiera causado daños al enemigo obtendría la libertad, después de su fuga; los tráfugos que en el cautiverio abdicaron del cristianismo serían entregados a manos de la Iglesia, después de su liberación; se estableció la igualdad entre ricos y pobres ante la justicia y se proclamó el principio humanístico en la forma de gobernar, así como la persecución implacable de los malvados que estuvieron contra el poder del *basileus*.

Esto fue la expresión de una nueva actitud del poder que estaba dirigida a la creación de la solidaridad nacional (a costa de la negación del universalismo greco-romano) por medio de la defensa de los oprimidos, militarización del campo y de la ciudad, unión del patriotismo nacional y cristiano en aras de la salvación de la patria contra los enemigos heterodoxos. La realidad histórica obligó a que se unieran el poder laico y el religioso, como una estrategia para superar la destrucción del Estado y suprimir las tendencias separatistas. En 843 el culto a los iconos fue reestablecido y volvió a predominar la política dirigida a la centralización del poder. La Iglesia apoyó este proceso al proclamar el culto al emperador. El rito de coronación fue considerado como una forma de purificar al *basileus* de todos los pecados cometidos anteriormente, aunque no significaba una garantía para que no se cometieran nuevos pecados, ya que el *basileus* poseía libre albedrío, lo cual podría aliviar o agravar su posición.

Juan Damasceno y Fiodor Studito desarrollaron la idea del predominio del poder religioso sobre el poder laico, ya que "el espíritu debe dominar el cuerpo" y —al someterse a la "materia espiritual", esto es, a la Iglesia— el emperador podría transformar su mundo interno, acercarse al ideal y, con ayuda de Dios, encarnar los dogmas cristianos en su reino terrenal. El patriarca Focio escribió en su obra *Isagaga* que el poder del emperador representa un bien para todos los súbditos, puesto que el deber del *basileus* consiste en "mantener y conservar, en virtud de su buena voluntad, los bienes existentes, regresar por medio de su actividad permanente los bienes perdidos y, en virtud de su afán, obtener los bienes necesarios. La obligación del patriarca, hasta donde sea posible, es conducir a todos a la fe ortodoxa".¹⁰ Focio denominó "sinfonía" a tal unión de poderes, ya que hace sonar la armonía del universo.

¹⁰ *Ibid.*, p. 72.

León VI fue un emperador durante cuyo gobierno la monarquía bizantina adquirió su fuerza plena. A su pluma pertenece la obra llamada *Táctica*, en la cual formuló una serie de tesis que según su lógica y retórica tienen relación con las cartas del zar Iván el Terrible, quien uniera la Rusia fraccionada. En el capítulo 120 León postuló un principio monárquico de la gobernabilidad en el que afirmó que el emperador no necesita de la opinión de curas ni de concilios, ya que desde ese momento en adelante todo será su tarea. La voluntad del emperador y la unidad del país fueron vistas como dos cosas inseparables que garantizaban el bien de los súbditos. El imperio se diseñó como una sociedad organizada que encarnaba la unión de la fe cristiana con la justicia del poder imperial. El *basileus* fue un padre para sus súbditos, era él quien otorgaba los premios a los fieles y los castigos a los culpables; quien poseía todas las cualidades: la bondad, sinceridad, caridad; ejemplo de sabiduría, laboriosidad y un verdadero caballero. Él designaba como ejecutores de su voluntad sólo a individuos dignos y nobles (que imitaban a *basileus*, como él a su vez imitaba a Dios). León VI escribe también sobre la necesidad de inculcar a los súbditos la idea de grandeza de la Patria y de la felicidad de sus defensores (los guerreros de Cristo) para derramar su sangre por la fe, por la Patria y por los compatriotas que estén en cautiverio. Los romanos son el pueblo escogido por Dios, cuya misión es civilizar a los paganos y heterodoxos o correrlos de las fronteras del Imperio. La guerra con los no cristianos es un deber sagrado. En su obra, León VI apela no sólo a los guerreros, sino también a todos los súbditos y compatriotas, afirmando la idea que une los intereses del Estado con la fe al emperador y al pueblo elegido por Dios.

Las obras de Basilio I (los *Capítulos edificantes* y el *Segundo sermón*) son una importante contribución al proyecto de un gran Imperio, en ellos se trata la unidad de la monarquía celestial y la terrenal: "Siendo mi hijo (hijo del emperador terrenal) en carne y siguiendo mis palabras, tú te llamarás hijo del rey celestial, adscribiéndote el parentesco divino en el espíritu como si fueras un alumno de Cristo dulce y manso".¹¹ Más adelante, el autor afirma que el reino de los Cielos es una recompensa al emperador por su buen gobierno. La cima del pensamiento político del siglo X está representada por el trabajo de Constantino VII (*Sobre los pueblos*), quien afirma el derecho irrefutable del poder heredado, su carácter divino y el lugar y la predestinación del imperio en el mundo. Dentro del imperio debe mantenerse la unidad de la fe y el orden. El Estado bizantino se proclama organizado y el propio Dios le guarda; Constantinopla, su capital, está bajo el patrocinio de la madre de Dios. Cuando el imperio guarda la unidad no existe la anarquía; todos los países lo respetan y obedecen.

¹¹ I. S. Chichurov, *La ideología política del medievo (Bizancio y Rusia)*, Moscú, 1991, p. 77 (en ruso).

A pesar de que algunos pueblos aledaños no aceptaron tales afirmaciones, asimilaron sus tradiciones culturales y los dogmas de su fe. Esto sucedió con la Rusia antigua de Kiev, que en el siglo X adoptó el cristianismo de Bizancio, lo cual en muchos aspectos determinó sus orientaciones políticas, históricas, culturales y filosóficas.

El tema principal de la filosofía rusa en el medievo fue la tríada: hombre-humanidad-historia, y en ella se incorpora también la imagen de Rusia. Al plantear el cambio del Viejo al Nuevo Testamento, los pensadores rusos lo conectan con su realidad, lo cual determinó el desarrollo de otros aspectos de la filosofía medieval, así como los periodos sucesivos de su historia. En este proceso, Hilarión de Kiev fue el primer metropolitano ruso que organizó los monasterios en Rusia y tomó parte activa en la elaboración de la legislación del principado. En su *Sermón sobre la Ley y sobre la Gracia* (*Slovo o Zakone i Blagodati*), pronunciado el 26 de marzo del año 1049, durante de consagración del templo de Sofía en Kiev, se refleja su conocimiento sobre Georgui Amartola, Cosma Presbítero, la vida de Cirilo el Filósofo, la obra de Efrén de Siro, Cirilo de Alejandría, Basilio el Grande.

Hilarión conocía bien las discusiones en torno a las escuelas de Alejandría y de Antioquía, prefiriendo la primera ante la segunda. No fue un simple transmisor de los logros de la cultura medieval al terreno ruso, sino un pensador original cuyo tema de reflexión fue el destino de la humanidad y el lugar de Rusia en el contexto de la historia universal. En este sentido, inició una reflexión sobre la historia, y ejerció una enorme influencia sobre otros pensadores rusos del medievo. El sermón de Hilarión tuvo repercusión en la *Vida y el Elogio a Leontii de Rostov*, en el *Elogio al príncipe Vladimir y Mstislav* (crónica de Volin), la *Vida de Constantino* de Murom y el *Elogio al príncipe Boris Alexandrovich*. En el siglo XVI el *Sermón* se usaba en la polémica entre el metropolitano Daniel y Vassian Patrikeev.

Frecuentemente se han considerado dos grandes épocas en el pasado de la humanidad: la del Viejo Testamento y la del Nuevo. Ésta segunda se pensó como antesala de la historia rusa con sus grandes acontecimientos, predestinación y estadistas, de ahí que el *Sermón* verse "sobre la Ley dada por Moisés, sobre la Gracia y la verdad que Jesucristo nos reveló; sobre la Ley que desapareció y la Gracia y la verdad que incursionó en todos los países y la fe que se extendió a todos los pueblos y también a nuestro pueblo ruso".¹²

Por primera vez en la historiografía rusa, Hilarión escribió sobre los vínculos entre Bizancio y Rusia y sobre los motivos de adopción de la fe cristiana por el príncipe Vladimir, "quien escuchó mucho sobre la tierra griega de gracia cristia-

12 Hilarión, *El Sermón sobre la Ley y sobre la Gracia*, Moscú, 1994, p. 29 (en ruso).

minos de “justicia” y “juicio”. Tampoco la encontramos en los documentos jurídicos y estatales antes de la época de Pedro. La palabra se conservó en la teología (“ley” y “legado” frecuentemente se usaron como sinónimos). La “ley judicial para la gente” fue conocida en Rusia como código de normas eclesiásticas.

En el *Sermón* del metropolitano Hilarión por primera vez se lee la expresión “Kiev, la Tercera Roma” que es continuación de una doctrina análoga a la bizantina. El concilio de Constantinopla de 381 había consagrado esta ciudad como la “segunda Roma”. En el III Canon se dice: “El obispo de Constantinopla tiene ventaja de honor ante el obispo romano porque su ciudad es Roma nueva”.¹⁸ En el IV Concilio ecuménico, el obispado de Constantinopla obtuvo el estatus de patriarcado y surgió la idea de que Constantinopla es considerada la segunda Jerusalén, la segunda ciudad en la historia de la humanidad, donde la Gracia divina se conserva permanentemente. El factor decisivo para este reconocimiento fue que la ciudad era la capital de un Imperio que unía el poder estatal y el religioso. Por su parte, Kiev también se autonombró la Nueva Jerusalén en virtud de la Gracia, y para ello no necesitó ninguna justificación jurídica ni eclesiástica; simplemente entró en la conciencia de los contemporáneos y de sus descendientes en calidad de tal y nada más. Esta denominación se dio por el fervor de la fe y por el futuro gloriosos predicho que ya se estaba realizando. Ante los ojos de los contemporáneos, Kiev era una de las ciudades más importantes de aquel entonces. A esta opinión le coadyuvó el hecho de que el príncipe Vladimir y la princesa Olga (al igual que San Constantino y Santa Elena, que llevaron a Constantinopla la cruz de Jerusalén y propagaron la fe cristiana) trajeron la cruz de Jerusalén Nueva Ciudad de Constantino y la pusieron en toda su tierra y afirmaron la Fe”.

En su discurso, Hilarión se acerca al cronista Néstor, quien también destaca la importancia de Kiev como un lugar donde se realizó el milagro predicho por el apóstol Andrés. Andrés Pervozvannii (el primero de los apóstoles llamado por Jesús) trajo la buena nueva cristiana e iluminó a Rusia, el propio Jesús bendijo esta tierra a través de él. Andrés le dijo a sus discípulos: “Vean estas montañas. Estas montañas se iluminarán por la Gracia divina y surgirá la ciudad nueva y Dios erigirá muchos templos aquí. Y subió a esas montañas, las bendijo, puso la cruz, le rezó a Dios, descendió y así surgió Kiev”.¹⁹

Según Néstor, la historia universal es la antesala de la aparición de la Gracia divina, y el pueblo eslavo es el portador de esta misión. Con esta idea también se vincula el relato sobre la elección de la fe, cuyo factor decisivo fue la belleza de la liturgia ortodoxa. Los rusos buscaron no la ley, sino la Gracia que se identifica

18 M. E. Posnov, *Historia de la Iglesia cristiana (antes de la división de las Iglesias en 1054)*, Kiev, 1991, p. 293 (en ruso).

19 *De qué manera fue bautizado Rus*, Moscú, 1988, p. 169 (en ruso).

con el orden, la belleza, la perfección y la armonía, encontrando estas características en la belleza de la liturgia bizantina. La liturgia ocupó un lugar central en la vida religiosa y espiritual de Rusia, quizá porque da la posibilidad de salir de los límites del mundo circundante e ir al encuentro con la eternidad, con el absoluto, con Dios. Al constatar que el pueblo eslavo se formó entre los descendientes de Jafet, hijo de Noé, Néstor introdujo la historia de su pueblo dentro de la historia universal, que a su vez entra a la historia eclesiástica que tiene más importancia que la historia mundana.

A Néstor le fue más cercano un providencialismo del Viejo Testamento. Dios rige las cosas de la tierra, señala el camino para los hombres y dirige la historia. Para el cronista el pasado es una parte orgánica de la experiencia religiosa que tiene como premisa la verdad de la misma fe, la fuerza de la ley santificada por Dios. A Néstor le preocupaban más el presente y el pasado que el futuro. En la antinomia "tiempo-eternidad" se inclinaba a favor del tiempo que se mide por el cambio de la realidad preestablecida por Dios, de tal forma que la época de Rusia precristiana fue un tiempo de incompreensión de su papel histórico, y sólo después de la introducción del cristianismo empezó a realizar su gran predestinación.

Tanto Néstor el Cronista como Hilarión el metropolitano son dos ejemplos de pensadores típicos del inicio del periodo de la Rusia de Kiev. A pesar de que entre ellos existen algunas diferencias, asimilaron las tradiciones bizantinas y las adaptaron a Rusia. Generalmente hablaron sobre el pasado y el presente, sin mencionar el futuro, pues este último era predecible, ya que estaba determinado por el cristianismo. El tiempo en que ellos crearon sus obras estaba todavía lejos de la mística de la escatología y del Apocalipsis, para llegar a este punto era necesaria una tradición acumulada que Rusia no tenía en aquel entonces. Su discurso sobre la marcha de la historia fue un texto de novatos que recién habían asimilado el cristianismo. Dos siglos después este optimismo sería imposible.

Durante la Edad Media, entre las lenguas europeas existía el concepto de "mundo cristiano", el cual estuvo ausente del léxico bizantino y el idioma ruso. Bajo este concepto se entendía que todos los países y pueblos cristianos eran una totalidad a la que cada uno estaba subordinado. El papa y el emperador eran considerados representantes y símbolos de unión superior. Pero ya que cada una de las fuerzas actuantes eran sólo una parte que no podía representar al conjunto, el imperio no logró unir verdaderamente los países europeos.

En la Rusia de Kiev surgió el concepto de la "Santa Rusia" que no incluyó una definición nacional o geográfica. La "Santa Rusia" se pensaba como una categoría cósmica, en cuyo marco entra el Edén del Viejo Testamento y la Palestina evangélica. Ni Rusia ni Bizancio se consideraban como Oriente u Occidente, sino como centros del mundo a los que se adhería el resto de los pueblos. Tratar

este fenómeno como una manía de grandeza o como un deseo de acercarse a los personajes sagrados sería una simplificación, pues en los textos vemos que el hombre ruso consideraba un sacrilegio entablar relaciones fraternales con lo sagrado, y prefería un *pathos* estricto de distancia (quizá por eso el tema de la "Sagrada familia" no fue difundido).

En el periodo de Kiev la idea del "Reino sagrado" no estuvo tan desarrollada como en el periodo de la Rusia de Moscú; sin embargo, se pueden encontrar algunas alusiones a la idea de Kiev como la "Tercera Roma". Esta idea se expresa en la construcción de templos que no sólo muestran la historia de la creación del mundo, sino que separan a Rusia del reino del anticristo y la remontan al mundo de los Cielos. La misma Rusia se percibía como un templo en el cual podría entrar toda la humanidad, los ángeles y cualquier criatura inferior. Esta misma idea se observa en la forma arquitectónica de las cúpulas: si las cúpulas bizantinas representan la bóveda celeste que cubre la tierra, las rusas indican que se puede llegar al cielo a través de la oración; son llamadas ígneas coronadas con la cruz. A través de esta ignición el cielo desciende a la tierra, baja al interior del templo y lo terrenal se bendice y se forma un todo armónico. "En estas llamadas ígneas consiste todo el sentido de la existencia de la 'Santa Rusia', son una anticipación de la imagen de Dios que debe ser plasmada en Rusia".²⁰ Éste mismo principio se encuentra en las crónicas llenas de discursos sobre el poder, el hombre y su futuro y, lo que es más importante, sobre el destino de Rusia.

Los pensadores bizantinos tenían muy clara la existencia de dos poderes: el cesarismo y el cristianismo, así como el paralelismo entre el monoteísmo y el absolutismo. Después de que el cristianismo se convirtió en la religión oficial, la Iglesia se reconcilió y apoyó al poder laico: si antes los cristianos murieron por rechazar la orden de divinizar al monarca, ahora empezaron a dotar a los césares terrenales con los atributos del Rey Celestial. La frase "dad a César lo de César y a Dios lo de Dios" perdía su antagonismo. El individuo fue absorbido por el Estado absoluto. Obligaron al ciudadano al orden y a la obediencia no sólo por miedo ante la fuerza física, sino también a nombre de la fe.

La idea de la "Santa Rusia" también debía encontrar una base estable resolviendo el problema de la relación entre el poder religioso y el laico. Este tema se expresa en el *Sermón sobre la Ley y sobre la Gracia* del metropolitano Hilarión, quien señalaba que existe un fundamento diferente del poder en Rusia, el cual presupone ciertas modificaciones de las doctrinas bizantinas. Y no se trata de que Bizancio no conociera la práctica de la dinastía y usurpaciones del poder. Muchos de sus emperadores habían llegado al trono siendo ignotos, como Diocleciano,

20 E. Trubetskoy, *Tres ensayos sobre el fono ruso*. Moscú, 1991, p. 68 (en ruso).

o llegaron del extranjero, como Zenón, Justino I y Basilio I, sin que ello les privara de la oportunidad de ascender al poder. Se puede mencionar al rey Melquisedec, rey de Salem, mencionado en la Biblia, quien —“sin padre, ni madre, ni genealogía, sin comienzo de días, ni fin de vida, asemejado al Hijo de Dios” (Hebreos 7:3)— llegó sin nombrar sus antepasados y alcanzó gracia ante los ojos de Dios y su gobierno fue más bendito que los demás. Esto quiere decir que en Bizancio fue más importante la cualidad de rango que la de sangre. El emperador no pretendía ser un gobernante “natural”, sino “sobrenatural”; el rango se consideraba como una realidad trascendente en relación con su “naturaleza” y su genealogía, y estaba vinculado con el símbolo del Estado encarnado en el título de emperador. Así pues, la ideología de la potencia universal sagrada, elaborada en Bizancio, no dejaba ningún lugar para una “dinámica orgánica”. El monarca podía llegar al trono “de ninguna parte”, ya que su poder se consideraba como dado “desde arriba”. Este poder frecuentemente asumía el aspecto de una fuerza aplicada a un cuerpo desde fuera. “De ninguna parte”, “desde arriba”, “desde fuera” son tres metáforas espaciales que componían esa imagen de poder. Si en Bizancio el poder “llegado de ninguna parte” fue posible, en Rusia su carácter hereditario fue sinónimo de “autenticidad”. Más que eso, ninguna dinastía pudo surgir “desde fuera”.

Para Hilarión, el poder religioso es un ideal y su grandeza es algo axiomático. El poder laico debe ser igual por su esplendor al religioso y no puede ser otro en la Santa Rusia, pues debe estar superado el límite que separa a Dios del César. El gobernante no puede ser un portavoz de fuerzas antagónicas; no debe existir conflicto que obligue al ser humano a elegir entre los dos poderes. Por consiguiente, no se trata de que el gobernante una los dos poderes, sino que en él se dé la unión del espíritu y la esencia”. De aquí proviene la exigencia permanente de la pureza de la fe en el gobernante. Hilarión expresa esta idea como “sinfonía” entre el poder espiritual y el laico. Pero también se observa su tendencia a justificar la herencia del poder y fundamentar un gobierno de tipo dinástico. Hilarión discutió los problemas vinculados con la esencia y el uso del poder laico. La esencia del Estado radica en Dios, ya que el gobernante realiza la voluntad y la providencia divina, y es partícipe del Reino de los Cielos. La transmisión del poder se da por herencia. El poder debe ser “justo”, lo cual llevaba a Hilarión a la discusión sobre los métodos de ejercicio del poder. La fórmula que aplica —“el monarca absoluto de su tierra”— significa la defensa del absolutismo como un poder fuerte y soberano en los límites del territorio que le pertenece. La prerrogativa principal del príncipe debe ser, según Hilarión, la preocupación por sus súbditos, ya que él es responsable ante Dios de todo lo que sucede en su país. Por eso el gobierno debe estar basado no tanto en el castigo, sino en la gracia. Pero el

príncipe es también responsable ante sus súbditos, quienes deben ver en él el sustento y esperanza para ser regidos según la justicia y el bienestar.

A partir del siglo XIV se inició el proceso de conversión de Moscú en el centro de Rusia. Al ir adquiriendo mayor supremacía política, Moscú absorbió muchos valores religiosos y culturales de la Rusia de Kiev. Trató de representarse como sucesora de Kiev y de todo lo que había estado vinculado con su historia. Pero Moscú no fue la sucesora inmediata de la Rusia kieviana, debido al yugo tártaro-mongol que por dos siglos interrumpió la continuidad histórica entre Kiev y Moscú. El dominio tártaro-mongol estimuló el interés de la conciencia social por el pasado y despertó la orientación hacia el futuro. Como consecuencia, en Rusia surgió una inclinación hacia el misticismo, la ascesis y la escatología que no se conocieron en la antigua Kiev. Si para la Rusia kieviana, Bizancio fue el presente, para la Rusia Moscovita, Kiev y Bizancio se percibían como un pasado. Bizancio en el siglo XV era distinta de lo que fue en los siglos IV-V. En cuanto a Kiev, el periodo precristiano se separó del cristiano, y la Rusia de Kiev, antes de la conquista tártaro-mongol, se percibe como el pasado que es propio al ideal cristiano. Kiev era pensada como un símbolo de independencia, unidad y fuerza del Estado ruso. Esto se expresa en las crónicas. Moscú basó su cálculo de origen temporal en la crónica *El relato de los años pasados* de Néstor, donde los tártaros son identificados con pólovtsi,²¹ además de que se crearon nuevas versiones de los textos premongólicos, por ejemplo, *Kievo-Pechorskie Pateriki*²² (1406). En la época del gran príncipe Basilio se empezaron las restauraciones de la arquitectura y de la pintura del periodo premongólico.

La Iglesia ortodoxa tuvo una gran importancia en la modificación de la fe bizantina. La transmisión del cristianismo a Rusia condujo a la rusificación de algunos de sus elementos. Estos cambios estaban vinculados no tanto con los dogmas, sino con la estructura eclesiástica y su nueva relación con la política del Estado. El presbiterado de Kiev fue transformado en Iglesia nacional, cuyas fronteras coincidieron con las del Estado ruso, celebrando la liturgia en lengua rusa; pero lo más importante fueron sus interrelaciones con el poder laico. El poder estatal en Rusia utilizaba a la Iglesia no sólo para el fortalecimiento del orden religioso-moral, sino también para que transmitiera a la "sociedad civil", algunos principios y valores a la familia y a la comunidad.

Esta situación histórica específica influyó en la formación de la idea de Moscú como la Tercera Roma. El ascenso de Moscú coincidió con la caída de Constantinopla, por lo que el nuevo reino quedó como centro del mundo orto-

21 Nómadas de las estepas del mar Negro. N. de los T.

22 Pateriki son "Vidas de santos padres". N. de los T.

doxo. El tiempo de la grandeza de Constantino regresaba otra vez en el dominio moscovita: en el mundo había sólo un Estado que encarnaba la verdadera fe —Bizancio—, pero fue castigado por Dios por su falta de pureza. En su epístola, el monje Filoteo escribió al gran príncipe Basilio:

Ya que toda la gran Roma cayó por la falta de la fe... la nueva Roma se fugó a Constantinopla (la Iglesia santa), pero ahí no tuvo paz, por la unión entre los ortodoxos y los latinos en el octavo concilio, por eso fue destruida y eliminada la Iglesia de Constantinopla, convirtiéndose en un depósito de legumbres. Por fin, la segunda Roma se fugó a la gran Rusia nueva. Pero allá también hubo un desierto, ya que no existía la santa fe y no se profesaba a los apóstoles divinos y, a pesar de todo, allá se restauró la salvación de la Gracia Divina y con su ayuda conocemos al Dios verdadero. La única Iglesia ecuménica apostólica oriental iluminó esta tierra más brillantemente que el sol en los cielos, y un solo gran zar ortodoxo ruso en todos los cielos, como Noé en la Arca, que se salvó del diluvio, rige y encamina la Iglesia de Cristo y afirma la fe ortodoxa. Y cuando la serpiente (diablo) emane de su boca el agua como un río, deseando hundir a la mujer en el agua, entonces veremos que todos los reinos se hundirán por causa de la falta de fe, por eso el reino nuevo ruso será el baluarte de la ortodoxia...²³

Según Filoteo, el centro de la Ortodoxia podría ser sólo un Estado políticamente soberano que gozara del respeto de todos sus ciudadanos y que poseyera la fuerza suficiente para defender las cosas sagradas. Tal es Rusia de Moscú, por eso Dios la eligió como "Tercera Roma" como algo grande y eterno. Gobernar este reino puede hacerlo sólo un mediador entre Dios y los hombres, un hombre digno entre los dignos: el zar.

La doctrina de Filoteo fue muy bien acogida entre sus contemporáneos y posteriormente. Gracias a él, Moscú empezó a mencionarse en los documentos oficiales como una "ciudad guardada por Dios, floreciente por su devoción y dignificada por el zar", así como "la Tercera Roma".

El factor geográfico desempeñó un papel especial en la popularización de la idea de Filoteo. La Rusia de Kiev fue bastante grande y se percibió como parte del mundo europeo, mientras que la Rusia de Moscú paulatinamente se convirtió en el área euroasiática, igual que Bizancio. Aunque no se trataba de la asimilación de los territorios no europeos, era importante la creación de un espacio único para la fe ortodoxa.

²³ *El tesoro de la literatura rusa antigua. La retórica de la Rusia antigua*. Moscú, 1987, pp. 219-221 (en ruso).

El ascenso de Moscú está presente en el *Sermón seleccionado sobre la base de las Sagradas Escrituras contra los latinos*, documento que surgió probablemente después de la elección del metropolitano Teodosio. En esta obra se elogia a Moscú y a la fe ortodoxa: "Iluminada por Dios la tierra rusa, consagrada por el patrocinio santo de la Iglesia divina se glorifica en el universo en la fusión solar con el pueblo de la fe ortodoxa verdadera, cuyo gran príncipe Vasili Vasilievich, el zar de toda Rusia, es coronado por la ortodoxia y elegido por Dios para gobernar esta potencia con un espíritu de gracia y devoción".²⁴ Es característico que la glorificación de Rusia se acompañe de la fe ortodoxa y que ésta se vea fortalecida en contraposición a Bizancio, cuyos gobernantes se retractaron de la ortodoxia. Aquí no se trata de introducir a Rusia en el mundo cristiano, sino de contraponerla a todos los demás como un país bienaventurado. Esta situación en que Constantinopla cae y Rusia asciende fue tomada de fuentes bizantinas, en las que está presente la imagen del reino peregrino en tránsito hasta su llegada al desierto que pone fin al mundo terrenal. Esta imagen tiene dos motivos: mayor y menor, apocalíptico y quiliástico, ya que también llegará a su fin el último gran reino. En esta idea se siente la reducción del tiempo histórico real: si Moscú es la Tercera Roma, esto es, el último reino terrenal, entonces se acerca el fin del mundo, por lo que es necesario observar y guardar la pureza de la fe. La tarea no consiste en preservar las tradiciones bizantinas, sino en construir en el territorio ruso otro Bizancio, una nueva Roma en vez de preservar el viejo reino caído. Como afirma A. Kapterev, los zares rusos quisieron ser los herederos de los emperadores bizantinos, sin salir de Moscú y sin entrar a Constantinopla; quisieron corregir las ideas bizantinas en nuevas tierras libres de herejía. Así que la Rusia Moscovita, a partir de su contraposición con Bizancio y con todo el mundo cristiano, intentó mostrar su misión en la historia de la humanidad.

Nicolai Berdiaev escribió que al pueblo ruso siempre le ha sido inherente un espíritu mesiánico, y éste atraviesa toda su historia. "Toda la individualidad del pueblo es un microcosmos contradictorio en sí... La polarización y contradicción propias del pueblo ruso se pueden comparar sólo con las del pueblo judío. Y no es casual que estos dos pueblos tengan una conciencia mesiánica tan fuerte.... Rusia es un continente entero, un enorme Oriente-Occidente que une dos mundos... En el alma del pueblo ruso hay una inmensidad, una aspiración a lo infinito parecida a las llanuras rusas. Por eso al pueblo ruso le es difícil dominar estos enormes espacios y formarlos. El pueblo ruso tiene una enorme espontaneidad y una cierta debilidad en cuanto a la forma... ha sido un pueblo de revelaciones e

²⁴ A. N. Popov, *El panorama histórico y literario de las obras rusas dirigidas contra latinos*, Moscú, 1875, p. 394 (en ruso).

inspiraciones, un pueblo que no conocía la medida y que fácilmente caía en el desconocimiento de límites y fronteras".²⁵

A fines del siglo XIV, cuando Basilio I, Gran Príncipe de Moscú, rehusó someterse al emperador bizantino, el patriarca de Constantinopla le envió un reproche muy característico: "Es imposible que los cristianos tengan una Iglesia y no un rey, pues reino e Iglesia se hallan en estrecha comunión y no se les puede separar".²⁶ No se puede poner en tela de juicio el hecho de que los contemporáneos dijeran que es más fácil imaginar al zar sin Rusia que Rusia sin el zar, quien se representaba como el gran padre que reza ante Dios por sus hijos. Aunque muchos símbolos vinculados con los atributos de grandeza y poder fueron asimilados del imperio bizantino (corona, trono, escudo, cetro, etc.), Rusia rebasó a Bizancio en la divinización del poder. En su correspondencia con Andrei Kurbski, Iván el Terrible defiende el carácter autosuficiente y autovalorativo del poder, y menciona las funestas consecuencias que traería el sometimiento del mandatario a los consejeros. Nadie tiene derecho de pretender ser un maestro para el zar. Iván escribía sobre el pecado que significa resistirse u oponerse al poder, pues quien conspira contra el gobernante, conspira contra la voluntad de Dios. Es un apóstata, el peor de los pecadores. "¡Pensad..., no hemos recibido nuestro reino por medio de la violencia, por eso quien resiste a este poder, resiste a Dios!"²⁷ Este discurso del zar Iván es reflejo de su comprensión de la idea de la Jerarquía de Dionisio el Areopagita, para quien el rey es la cúspide terrenal de la encarnación divina.

La jerarquía... es un sistema sagrado, el conocimiento y la actividad de su portador le asemeja, en la medida de lo posible, a la Belleza Divina, e iluminada desde arriba se dirige a imitar a Dios..., su meta es la posibilidad de imitar a Dios y unirse a Él... Hace semejante a quien Lo imita, y le manda los rayos de la luz divina; así que, al obtener la iluminación sagrada ellos dirigirán según el mandamiento divino, que transmitirán a los que están abajo. Pues los que poseen los secretos sagrados no deben hacer nada que contradiga los órdenes de sus superiores...²⁸

Y si creamos un Estado sagrado que encarna la Gracia divina y que comunica la palabra del Altísimo a los demás, entonces, la organización de tal reino no

25 N. A. Berdiaev, "La idea rusa", en: *Los pensadores rusos en el extranjero*, San Petersburgo, 1998, p. 38 (en ruso).

26 Citado en B. Zenkovsky, *Historia de la filosofía rusa*, t. 1, Universitaria, Buenos Aires, 1967, p. 32.

27 *Correspondencia entre Iván el Terrible y Andrei Kurbski*, Moscú, 1993, p. 124 (en ruso).

28 Dionisio el Areopagita, *op. cit.*, p. 33.

puede ser deficiente o corrosiva. Por consiguiente, quien traiciona al poder también traiciona al cristianismo.

Iván el Terrible formuló un ideal de cómo debe ser un zar “quien tiene que ser siempre justo y flexible: a veces manso, a veces cruel, pues la bondad conlleva a la misericordia y dulzura, y la maldad a la crueldad y al sufrimiento; si esto no se da con equilibrio, el gobernante no es un zar. Quieres no temerle al poder, pues haz el bien, si haces el mal, teme, pues el zar no en vano lleva su espada para usarla en la intimidación de los malhechores o para la animación de los virtuosos”.²⁹ El zar es responsable de sus súbditos ante Dios, así que tiene que obligarles a cumplir con sus tareas. “Creo que, como un esclavo divino, tengo que ser juzgado no sólo por mis pecados voluntarios o involuntarios, sino también por los pecados de mis súbditos cometidos por error”.³⁰

La idea de la teocracia (en Bizancio y en Rusia moscovita), en cierta forma, resulta reproducida en la ideología de la burocracia. Si el portavoz de las prerrogativas teocráticas proviene del *Pancrator*, el de las prerrogativas burocráticas llega del *autócrata*, quien no tiene que dar cuenta de sus acciones a sus súbditos, sino debe someterse a las órdenes de su señor, quien le mandó a gobernar. El poder del zar es de procedencia divina. Sus obras están por encima de toda censura humana y a nadie tiene que rendirle cuentas, a excepción de Dios. Como responsable ante Él, todos deben obedecerle ciegamente, y quien se pronuncie en su contra, ofende gravemente a Dios.

Para Iván el Terrible, una de las funciones del poder estatal es la defensa del reino ante cualquier fuerza centrífuga que desarre al país con discordias o guerras intestinas. Para suprimir estas fuerzas, el zar es apoyado por la Gracia divina y Jesucristo. Por otra parte, debe hacer todo lo posible para dirigir a sus súbditos por el camino de la paz y de la verdad; para lograr tales objetivos no debe detenerse ante el uso de la fuerza.

Andrei Kurbski contrapone al discurso de Iván la idea de la “Santa Rusia”, según la cual la ley del Estado debe basarse en el reconocimiento de la “libre naturaleza humana”. El gobernante debe rodearse de un círculo de consejeros inteligentes y virtuosos que tendrían que ser libres, y no esclavos. Kurbski no propone ninguna limitación al ejercicio del poder, pero insiste en que se debe elegir a consejeros eficientes que ayuden al zar a resolver los complejos problemas gubernamentales, guardando el espíritu del cristianismo. Ante estos planteamientos, Iván respondía que trataba de seguir las propuestas de sus consejeros, pero también advertía que ellos eran desleales, ya que se preocupaban más por

29 Correspondencia entre Iván el Terrible y Andrei Kurbski, p. 129.

30 *Ibid.*, p. 149.

sus intereses personales que por el bienestar del Estado, por lo que no necesitaba de consejos ni de consejeros. En cuanto al Juicio divino, Iván escribía que Dios juzga, y el resultado de su juicio se expresa en la gracia de la victoria o en el castigo de la derrota. Según él, sus victorias confirmaban que Dios aprobaba los métodos de su gobierno, así como la justicia de la fe rusa. En cuanto a su crueldad, reprochada por muchos, Iván respondía que Dios le perdonaría, ya que Él absuelve siempre a todo aquel que sinceramente se arrepiente de sus pecados.

La idea de crear un verdadero Estado cristiano en la tierra, sumada a la necesidad de transformar la realidad circundante, empezó a expresarse ya en el tiempo de Iván el Terrible, pero alcanzó su auge en la época del patriarca Nikon, a mediados del siglo XVII. Una muestra de la realización de ese pretencioso programa ideológico fue el complejo de monasterios "Nueva Jerusalén" construido cerca de Moscú en las riberas del río Istra. El santuario de Jerusalén no sólo debía ser muy semejante a su prototipo en la tierra santa, sino también debía encarnar la idea de la triple hegemonía: la del Estado moscovita, la de la Iglesia ortodoxa y la de su jefe espiritual, el patriarca. En esta época se edificó un templo semejante al de Jerusalén y se recreó el paisaje del lugar bíblico: el río Istra fue renombrado río Jordán, en los montículos cercanos fueron erigidas las capillas y las colinas fueron denominadas Eleon y Favor. Otros monasterios análogos fueron construidos en la ribera del mar Blanco (Voldaiski, Iverski y Krestni). La reproducción del ambiente bíblico en la geografía era un hecho insólito, incluso en comparación con Bizancio, que sorprendió a los europeos por sus construcciones suntuosas durante todo el periodo medieval. Zenkovsky escribió que Rusia emprendió el último esfuerzo para inscribirse en la historia universal, y que

la ideología política durante los siglos XVI y XVII se elaboraba en los medios eclesiásticos por razones intrínsecas... que correspondían a la búsqueda de la santificación del ser histórico. La rápida asimilación del sentido sacro de la monarquía, todo ese extraordinario poema 'Moscú, la Tercera Roma', son productos de la utopía en el dominio del principio teocrático, causados por el ardiente deseo de procurar la realización del reino divino en la tierra. Era como un mito extraño, creado por la necesidad de componerlo celeste y lo terrestre, lo divino y lo humano en la realidad concreta. El pensamiento eclesiástico se elevaba inmediatamente, desde las profundidades del realismo místico, a las especulaciones acerca del 'misterio de la historia' acerca del aspecto oculto y sagrado de la realidad histórica exterior.³¹

31 B. Zenkovsky, *op. cit.*, p. 29.

A pesar del optimismo expresado en la idea de la alta misión del reino ruso, la inquietud sobre los sufrimientos cercanos al Juicio Final creció cada vez más, con la conciencia de que —al existir ya el último reino en este mundo, y sabiendo que no habrá un cuarto— el Juicio llegará pronto. Las profecías y las especulaciones de las fechas del fin del mundo eran una consecuencia de esta actitud escatológica. El pueblo ruso gastó mucha energía anímica y física en la realización de su sueño de fusionar lo celestial con lo terrenal. Y la decepción de esta ilusión, en cierto sentido, puso fin a la Edad Media rusa. En la segunda mitad del siglo XVII el protopope Avvacum, ideólogo del Cisma, apeló a la Gracia, resistiéndose a aceptar el fracaso de la idea dominante del último reino. En aras de su sueño, él y sus seguidores estuvieron dispuestos a disminuir la importancia de Bizancio como un Estado extinto, sin denegar la idea de la “Santa Madre Rusia”. “Roma ha caído hace tiempo y nunca renacerá... y la ortodoxia se dispersó como resultado de la violencia de los seguidores de Mahoma: ya no es objeto de sorpresa, se debilitó mucho. Venid a nosotros para aprender: todavía, gracias a Dios, tenemos autocracia”.³² Rusia es santa, poderosa y no necesita de ninguna innovación dudosa.

El cisma fue un sueño sobre el tiempo pasado, un triste sueño sobre la ilusión no realizada. Surgió como resultado de la decepción, y engendró condiciones para un nuevo mito. El cisma es el recuerdo de lo que nunca ha existido, pero que se había esperado a lo largo de siete siglos en la memoria de la “Santa Rusia”. Apoyándose en una u otra comprensión de esta idea, el pensamiento medieval ruso trató de construir un esquema de la filosofía de la historia; cuando quedó claro que encarnarlo era imposible, surgió la escisión en el seno de la Iglesia ortodoxa.

El movimiento religioso-social llamado *Raskol* (Cisma) suele vincularse con modificaciones de los ritos religiosos, pero, en realidad, no fueron los cambios en los ritos eclesiásticos la causa de la escisión, sino el resurgimiento de la idea del anticristo. Es posible considerar el Cisma como la segunda utopía apocalíptica después de la concepción de “Moscú, la Tercera Roma”, sabiendo que no es posible comprender ninguno de estos planteamientos sin las fuentes bizantinas. El aumento de interés en las obras de Efrén de Cirio, Cirilo de Jerusalén y Stefania Zuzania con sus profecías, así como el surgimiento de otras obras rusas inspiradas en estos escritos —como *El relato sobre las visiones de hombre espiritual*, *El llanto sobre el cautiverio y la ruina definitiva del Estado Moscovita*, *El Tratado sobre Reino Celestial*, etc.— engendraron en la mentalidad de los creyentes una fuerte escisión antes de que las reformas de Nikon adquirieran su auge.

³² *La vida de protopope Avvacum escrita por él mismo y otras obras*, Moscú, 1960, p. 101 (en ruso).

El ideal de los partidarios de la escisión era el sueño sobre un ciudad terrenal organizada como una especie de utopía teocrática. El protopope Avvacum y sus seguidores querían creer en el sueño de la "Santa Rusia", pero sus esperanzas resultaban frustradas. La reforma de Nikon les sorprendió menos que la "traición" del zar, a quien consideraban el único gobernante "ortodoxo" y "auténtico". Esto significaba el fin de la idea de la Tercera Roma, y en consecuencia el fin de la historia, ya que no habría una cuarta Roma. La historia perdió su carácter de gracia, y Dios abandonaba su patrocinio sobre la tierra. Por consiguiente, era necesario aislarse del mundo lo más pronto posible. Cuando Nikon declaró que es ruso, pero que su fe es griega, asestó el último golpe sobre la idea "Moscú, la Tercera Roma", puesto que la fe griega se percibía no tan genuina ni ortodoxa como la rusa. La auténtica fe debía estar vinculada con un reino también auténtico y viceversa. Por consiguiente, las reformas de Nikon y del zar Alexei testimonian, en la opinión de los cismáticos, el fin del sueño y el fin de la realidad histórica.

El movimiento cismático emprendió un intento de recrear la idea del medioevo ruso, a partir de la tesis de que el anticristo ya había llegado y estaba gobernando, aunque de modo invisible. Por consiguiente, hacía falta interpretar las Sagradas Escrituras de manera esotérica, como si fueran un misterio. El anticristo es un símbolo y no una persona real. A partir de estos planteamientos se da un viraje escatológico en el que se reconoce una catástrofe mística: lo sagrado se desvanece en el mundo real y en la historia (y en consecuencia, surgen sectas sin sacerdotes, *bezpopovtsi*) y se desarrolla el maximalismo de la negación apocalíptica como un tipo de nihilismo. Este movimiento, sin embargo, contenía algunas paradojas: primero, si la Gracia divina se desvaneció de este mundo, entonces, el hombre debe confiar sólo en sí mismo; segundo, si el hombre se queda solo consigo mismo, tiene que llegar a Dios y no preocuparse de los ritos y ni de las costumbres. Por lo tanto, al hombre sólo le queda la esfera de la vida mundana y enfrentar los asuntos prácticos.

El movimiento cismático llamó a los creyentes a refugiarse en los monasterios, a huir lo más lejos posible del mundo, que estaba inmerso en el pecado, y con esto construyó un desierto, según el modelo de Josif Volotski e Iván IV. (Es curioso que la mayoría de los ideólogos del cisma mencionan a Iván el Terrible con gran reverencia).

Al final del siglo XVII se dio un serio intento para esclarecer las relaciones entre Rusia y Bizancio. Si los partidarios de Nikon pretendieron hacer renacer la Rusia de Kiev y reunirla con Constantinopla, los partidarios de Avvacum intentaron regresar al siglo dorado de Iván el Terrible. La crisis del "bizantinismo" simboliza la crisis del medioevo ruso, cuya característica es la disminución de la autoridad de la Iglesia, así como la sensación de fracaso de los sueños de la grandeza de la "Tercera Roma".